

Jueces en el Asiento Trasero

Por James McDonald

“Cada uno hacía lo que bien le parecía.” Jueces 17:6

Hay una cantidad de adjetivos que uno podría usar para describir la parte sur-oriental de la ciudad de Texas, donde reside nuestra familia. Una descripción podría ser *gorda*, pues no tendría que buscar por todas partes para encontrar tantos restaurantes con tantas opciones tan tentadoras. Otro adjetivo podría ser *bochornosa*, ¡pues parece que cada día la humedad y la temperatura compiten para ver cuál alcanza primero la medida de 100! Un tercer adjetivo sería *rápida*, pues parece que todos siempre andan de prisa. A pesar de los límites de velocidad apostados en las calles, los motoristas parecen estar viajando al menos a 100 millas por hora, más rápido de lo que permite la ley.

Y fue así que Dios me enseñó una lección sobre la obediencia. Estaba conduciendo por una tranquila calle hacia nuestra oficina postal local donde el límite de velocidad es de 35 millas por hora. ¿Estaba viendo mi velocímetro? Claro que no. Soy una criatura de mi cultura, condicionado para conducir rápido junto con el resto del tráfico. Pero entonces, la voz convincente del Espíritu Santo me habló desde el asiento de atrás, usando la voz de mi hijo Caleb de ocho años de edad. Papá, dijo, ¿No se supone que debes conducir a 35 millas por hora, no es esa la ley?

Ante mí se encontraba una opción ética. Mi primer pensamiento fue, en realidad, moralizar la convicción y así alejarla de mí. Casi solté la peligrosa declaración. Bueno, hijo, tu verás, todos manejan rápido en nuestra ciudad. Pero, antes que pudiera espetar estas fatídicas palabras me las arreglé para hacer algo muy poco característico de lo que había pensado decir antes. Entonces, quité el pie del acelerador, disminuí la velocidad de mi carro hasta las 35 millas por hora y dije: Sí, hijo, tienes razón. Estaba pecando justo en este momento, contra la ciudad, contra Dios y contra ti. ¿Podrás perdonarme?

Desde ese momento, no solamente me he vuelto a familiarizar con las leyes locales de tráfico, sino que he refrescado mi memoria con respecto a la Ley de Dios. Se me manda a obedecer a las autoridades civiles, a las autoridades en mi iglesia, y a recordar que mi posición como padre requiere que viva en sumisión a la autoridad delante de mi hijo porque él ciertamente aprenderá de mis pasos y de mis malos pasos.

Después de un tiempo de reflexión, he llegado a darme cuenta que somos en verdad una nación de quebrantadores de la ley. Ignoramos al magistrado civil cada vez que podemos, como cuando mentimos en nuestra declaración de impuestos o cuando hacemos caso omiso de las leyes de tráfico. Sin duda que nadie va a darse cuenta, nos decimos a nosotros mismos. Todos lo hacen. Y nuestros hijos observan.

Chismorreamos en contra de nuestros empleadores, quejándonos por nuestras asignaciones, nuestras horas, nuestros salarios, nuestro café. No importa el empleo, mordemos la mano que nos alimenta. “¿Por qué siempre tengo patrones idiotas?” le

decimos a nuestra familia. Si solamente me dieran la oportunidad. Y nuestros hijos se quedan pensando.

Desestimamos la autoridad del púlpito de nuestra iglesia planeando y deseando escapadas y teniendo en poco el dar sacrificial. El pastor en realidad no entiende el mundo real, le decimos a nuestro cónyuge. Siempre está predicando en contra nuestra, nunca nos saluda, y de cualquier forma, es tan hipócrita. ¿Cómo es que se mete conmigo diciéndome qué hacer? De cualquier manera, ¡he oído que la Iglesia de las Luces Intermitentes tiene un excelente gimnasio! Y nuestros hijos aprenden.

Destruimos el fundamento para la estabilidad familiar cuando damos un servicio de labios a la adoración en familia y buscamos niñeras espirituales para nuestros niños para poder tener un poco de tiempo centrados en el *yo*. Desestimamos nuestra responsabilidad pedagógica cuando decimos con aire de suficiencia, “¡No soy experto en este asunto de la Biblia!” Esa es la razón por la cual tenemos pastores de jóvenes. De todas maneras, necesito llegar temprano a la oficina para poder salir tarde y cumplir así con mis obligaciones. Y nuestros hijos se endurecen.

Sí, somos quebrantadores de la ley. Pero lo que ignoramos es más que la ley del país, pasamos por alto la Ley de nuestro Señor. Y, sin saberlo, iniciamos una nueva ley, más poderosa que la Ley de Gravedad. Es la ley del juicio. Dejamos de reconocer que las repercusiones de nuestra ruptura de la ley no terminan con nosotros, sino que pueden expandirse como olas a través de las distantes costas del tiempo incluso hasta la tercera y cuarta generación.

Se nos han dado tantas salvaguardas preciosas en la Palabra de Dios. Pero, si no conocemos las bendiciones de la Palabra, ciertamente vamos a aprender las maldiciones. Por ejemplo, la Biblia nos manda en el Libro a los Hebreos, “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.” Pero nosotros más bien nos quejamos, ignoramos o trabajamos en contra de aquellos que están en autoridad sobre nosotros. El resultado no solo es poco provechoso para nosotros, sino también para nuestros hijos.

Nuestra era es muy parecida a los días de los Jueces, donde todos hacían lo que era justo según su propia opinión. Estos rebeldes duros de cerviz dejaron un legado de desobediencia que infectó a sus hijos y a los hijos de sus hijos. La herencia que dejaron fue una herencia de congoja y penurias, de invasión e idolatría.

Mientras vemos a nuestras comunidades alrededor, aparentemente bendecidas con abundancia, pero carentes de influencia real, comunidades que rápidamente se están convirtiendo en tumbas blanqueadas, ¿podría ser que una proporción significativa de la culpa pertenece nos pertenece a nosotros, dada a luz en nuestra rebelión? A medida que nuestros hijos siguen nuestro modelo, un modelo que aprendimos de nuestros padres quienes experimentaron las desafiantes décadas de los sesentas y los setentas, ¿podríamos estar transfiriendo la semilla de la destrucción a nuestros propios hijos? Si realmente entendiéramos la influencia que tenemos sobre estas jóvenes mentes, ¿continuaríamos ignorando el llamado claro de la Escritura a obedecer?

¡Cuánto agradezco al Señor por el don del Espíritu, enviado aquí para enseñarnos todas las cosas! ¡Cómo necesito aprender! Y, para mí, comienza con manejar al límite de la velocidad, aún cuando niños de ocho años no estén mirando.

Publicado originalmente en *Todo Pensamiento Cautivo*

James McDonald es un padre que educa a sus diez hijos en casa, y es el editor de las revistas *Homeschooling Today*® www.homeschoolingtoday.com y *Family Reformation* www.familyreformation.com.

James también es el pastor de la iglesia *Confraternidad Reforma de la Familia* www.familyreformation.org en Katy, Texas.

Siga las aventuras de la Familia McDonald leyendo el blog de James en:
www.homeschooltoday.com/blog/jm